

**CARTA DE DOM GUIGO EL CARTUJO
AL HERMANO GERVASIO
SOBRE LA VIDA CONTEMPLATIVA**

DEDICATORIA

El hermano Guigo a su querido hermano Gervasio:

que el Señor sea tu delicia

Hermano: amarte es para mí una deuda, porque, tu has empezado antes a amarme a mí; y me siento obligado a escribirte porque con tus cartas tú me has invitado primero a que te escriba. Por eso, me he propuesto transmitirte algunas cosas que se me han ido ocurriendo sobre los ejercicios de la vida espiritual de los monjes¹, para que tú, que las has aprendido por la experiencia mejor que yo por la reflexión, seas el juez y corrector de mis pensamientos. Con razón te ofrezco a ti antes que a nadie, estas primicias de mi trabajo para que seas tú quien recoja los primeros frutos de la nueva planta², que en tu escogida soledad sustrajiste de la servidumbre del Faraón³ mediante un hurto digno de encomio, colocándolo en un ejército ordenado de combatientes⁴, e injertando así, sabiamente en el buen olivo la rama de olivo silvestre cortada con habilidad⁵.

ARGUMENTO

PARTE I

a) Presentación de la escala

II Los cuatro grados

Un día, durante el trabajo manual⁶, empecé a pensar en los ejercicios de la vida del espíritu y, de repente, se ofrecieron a mi espíritu pensativo cuatro grados espirituales a saber: lectura; oración; meditación; contemplación. Esta es la escala de los monjes⁷ por la que éstos se elevan desde la tierra hasta el cielo. Consta, ciertamente, de pocos escalones, pero es inmensa y de increíble magnitud. Su parte inferior está fija en la tierra, mas la superior penetra las nubes y escruta los secretos del cielo⁸. Estos grados difieren no sólo en nombre y número, sino también en orden e importancia. Si se encaminan con cuidado sus propiedades y funciones, lo que cada uno de ellos realiza en nosotros, sus mutuas diferencias y su jerarquía, todo el esfuerzo y dedicación que hayamos empleado en ello lo estimaremos corto y fácil ante su gran utilidad y dulzura⁹.

La lectura es un examen¹⁰ detenido de la Escritura realizado con espíritu atento. La meditación es una operación reflexiva¹¹ de la mente que investiga, con ayuda de la razón, el conocimiento de la verdad oculta. La oración es una ferviente¹² elevación del corazón hacia Dios para alejar los males y recibir los bienes. La

¹ Lit.: spirituali exercitio

² Cf. Salmo 143,15

³ Cf. Ex 13,14

⁴ Cf. Cant. 6,3.9

⁵ Rm 11,17.24 El editor italiano añade aquí la siguiente nota que nos parece pertinente reseñar: el texto editado en PL 184,475 (así como el de PL 40,997), presenta una variante no tenida en cuenta. Por la edición crítica, que consiste en una traducción diferente: "Con razón pues, te ofrezco a ti antes que a nadie estas primicias de mi trabajo: para que seas tú quien recoja los primeros frutos de la nueva planta *sustrayéndote a la esclavitud del Faraón mediante un hurto digno de encomio con motivo de una dulce soledad, te coloques...*"

⁶ Lit.: "el trabajo corporal de las manos", opuesto al "ejercicio" espiritual

⁷ Lit.: "scala claustralium", escala de los que viven en los claustros es decir, de los monjes.

⁸ Cf. Gen 28,12

⁹ Cf. Gen 29,20

¹⁰ inspectio Muchos traducen "estudio". Lo cual es no respetar el vocabulario de Guigo, aplicando ya a la definición del cartujo nuestra propia preconcepción. Inspectio y Studium no se identifican completamente.

¹¹ Lit.: studiosa

¹² Lit.: devota

contemplación es una elevación por encima de sí misma de la mente suspendida en Dios que degusta las alegrías de la eterna dulzura. Una vez descriptos los cuatro grados, nos queda ahora ver sus funciones.

IIICuál es la función de estos grados

La lectura, busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración la pide y la contemplación la gusta. Por eso el Señor mismo dice: "Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá". Buscad leyendo, y encontraréis meditando, llamad orando y se os abrirá contemplando¹³. La lectura pone, por así decirlo, el alimento sustancial en la boca, la meditación lo mastica y tritura, la oración obtiene gustar, la contemplación es la dulzura misma que alegra y reconforta. La lectura se sitúa en la corteza, la meditación en la médula, la oración en la impetración del deseo, y la contemplación en el gozo de la dulzura obtenida.

b) Descripción de cada grado.

IV Función de la lectura

En la lectura escucho: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"¹⁴. He aquí, una sentencia breve, pero dulce y llena de múltiples sentidos para alimento del alma, ofrecida como un racimo de uvas. Después de haberla examinado con atención, el alma dice para sí: puede que haya aquí algo bueno, entraré en mi corazón y trataré de ver si puedo comprender y encontrar esta pureza, a cuyos poseedores se les llama bienaventurados, a la que está prometida la vida eterna, y que es ensalzada por tantos testimonios de la Sagrada Escritura.

Así, deseándose explicar esto más plenamente, empieza a masticar y triturar este racimo, poniéndolo, por así decirlo, en el lugar, mientras incita a su razón a buscar en qué consista esta pureza tan preciosa y cómo poder adquirirla.

V Función de la meditación

Se inicia, pues, atenta meditación, la cual no se queda fuera, no se detiene en la superficie; pone su pie más alto, penetra en lo interior, escruta cada cosa. Detenidamente considera que no se dice: "Bienaventurados los limpios del cuerpo", sino "los limpios de corazón", pues no basta tener limpias las manos¹⁵ de malas acciones, si no purificamos la mente¹⁶ de los pensamientos perniciosos. Esto lo confirma el profeta con su autoridad cuando dice: "¿quién subirá al monte del Señor? ¿quién habitará en su templo santo? El hombre de manos inocentes y puro corazón"¹⁷, después considera cuánto desea el mismo profeta esa pureza de corazón, puesto que ora así: "Oh Dios, crea en mí un corazón puro"¹⁸; y también: "Si hubiera inclinado mi corazón a la maldad el Señor no me habría escuchado"¹⁹. Piensa asimismo, en la solicitud con que el bienaventurado Job guardaba su corazón al decir: "he hecho un pacto con mis ojos para no mirar doncella alguna"²⁰. Mira cómo se dominaba el santo varón, que cerraba su corazón para no ver las vanidades²¹, ni mirar imprudentemente lo que después podría llegar a desear a pesar suyo.

Después de haber reflexionado sobre estas cosas y otras parecidas acerca de la pureza de corazón, empieza a mirar en la recompensa lo glorioso y deleitable que sería ver el rostro deseado del Señor, "el más bello de los hijos de los hombres"²², no ya abyecto y despreciable²³, ni con la forma²⁴ de que le revistió su Madre, sino

¹³ Esta bella y sugestiva frase aparece únicamente en dos manuscritos, ambos del siglo XV. La edición crítica no la considera del texto original, y probablemente con razón, ya que el cap. XIV Guigo II repite esta misma cita evangélica sin añadirle ningún comentario.

¹⁴ Mt 5,8

¹⁵ Gen 37,22

¹⁶ Lat.: mens. Sie1npre que en la traducción aparece la palabra castellana "1nente" está traduciendo el latín "mens"

¹⁷ Sal 23,3-4

¹⁸ Sal 50,10

¹⁹ Sal 65. 18

²⁰ Job 31,1

²¹ Cf. Sal 118,37

²² Sal 44, 3

²³ Cf. Is 53,2

²⁴ 7'1 Lat.: speciem, forma, figura Se refiere a la naturaleza humana que recibió de María

vestido con túnica de inmortalidad²⁵, y coronado con la diadema con que le coronó su Padre el día de la resurrección y la gloria²⁶, día "que hizo el Señor"²⁷. Piensa que en aquella visión estará esa saciedad de la que dice el profeta: "al despertar me saciaré de tu semblante"²⁸.

¿Te das cuenta cuánto licor ha destilado de este pequeño racimo, cuánto fuego ha brotado de esta de esta chispita, cuánto de esta pequeña masa: "Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios", ha dado de sí en el yunque de la meditación? ¡Pero, cuánto más podría dar de sí todavía si la trabajase uno con experiencia! Siento que el pozo es profundo y yo un rudo principiante con poca experiencia para extraer siquiera un poco!²⁹

Inflamada con estas briznas, y estimulada por estos deseos, el alma, roto el frasco de alabastro³⁰, empieza a presentir la suavidad del perfume, no tanto todavía por el gusto, cuanto por el olfato. De él deduce cuán suave sería sentir la experiencia de esa pureza, que por la meditación, sabe que es tan gozosa.

Pero, ¿qué hacer? Arde en deseos de poseerla, mas no encuentra en sí el modo de hacerla suya; y cuánto más busca más aumenta su sed. Mientras se da a la meditación experimenta asimismo el dolor³¹, porque no siente esa dulzura que la meditación descubre en la pureza del corazón sin darla. Pues sentir dicha dulzura no pertenece al que lee ni al que medita, a no ser que le sea dado de lo alto³². En efecto, leer y meditar es común tanto a buenos como a malos. Ya los mismos filósofos paganos encontraron con ayuda de su razón en qué consiste la esencia³³ del verdadero bien; pero habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios³⁴ y, presumiendo de sus propias fuerzas, decían: "nuestra lengua. enaltece, nuestros labios nos defienden". Por eso no merecieron recibir lo que alcanzaron a ver. "Se envanecieron en sus pensamientos"³⁵ y "su sabiduría quedó devorada"³⁶. Y es que les venía del estudio³⁷ de las disciplinas humanas, y no del Espíritu de Sabiduría, único que da la sabiduría verdadera, es decir, la ciencia sabrosa que alegra y reconforta con su sabor inestimable al alma en la que se encuentra. De ella se dice: "La Sabiduría no entrará en el alma malvada"³⁸. Pues la Sabiduría pertenece solo a Dios. En efecto, del mismo modo que Dios ha concedido a muchos el oficio de bautizar, pero ha retenido, para sí solo, en el bautismo, el poder y la autoridad de perdonar los pecados - de ahí que Juan diga por antonomasia y con precisión "Él es quien bautiza"³⁹ - así también nosotros podemos decir de él: éste es quien da el sabor de la Sabiduría y hace sabrosa la ciencia del alma⁴⁰. La palabra es dada a muchos; pero la sabiduría del alma a pocos. Dios la distribuye a quien quiere y cuando quiere⁴¹.

VI Función de la oración

Viendo entonces el alma que por sí misma no puede alcanzar la dulzura deseada del conocimiento y de la experiencia, y que cuanto más alto eleva su corazón⁴² tanto más lejano está Dios⁴³, se humilla a sí misma y se refugia en la oración diciendo: Señor a quien sólo los limpios de corazón pueden ver; investigo leyendo y

²⁵ Cf. Eccle 6,32 Se refiere aquí al cuerpo glorioso de Cristo.

²⁶ 6 Cf. Cant. 3,11

²⁷ Sal 117, 24

²⁸ Sal 16,15 Lit. Vulgata: Satiabor cum aparuerit gloria sua

²⁹ Jn 4,11

³⁰ Cf. Mc 14,3; Jn 12,3

³¹ Cf. Eccl. 1.18

³² Jn 19.11

³³ Lat: Summa veri boni. Algunos traducen. "una noción somera del verdadero bien"

³⁴ Sal. 11,5

³⁵ Rom. 1,21 .

³⁶ Sal 106,27

³⁷ Aquí, Guigo dice expresamente: studium.

³⁸ Sabid. 1,4

³⁹ Lit.: Por antonomasia No se refiere a Juan, sino a lo que viene después: el que bautiza.. Él es, como si dijéramos, "el bautizado por antonomasia.

⁴⁰ Jn 1,33

⁴¹ 1 Cor 12,11

⁴² Sal 63,7

⁴³ Sal 63,8

meditando qué sea y cómo pueda poseerse la verdadera pureza de corazón, para que por medio de ella pueda conocerte siquiera un poco. “Buscaba, Señor, tu Rostro; tu Rostro, Señor, buscaba”⁴⁴. Estuve meditando largo tiempo en mi corazón⁴⁵, y en mi meditación brotó un fuego⁴⁶ y un deseo mayor de conocerte. Mientras partes para mí el pan de la Sagrada Escritura⁴⁷, en la fracción del pan te reconozco⁴⁸, y cuanto más te conozco, tanto más, deseo conocerte, no ya en la corteza de la letra, sino en el sentido de la experiencia. Y no pido esto, Señor, por mis méritos, sino por tu misericordia, Pues confieso que soy una indigna pecadora. Sin embargo, también los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos⁴⁹, por eso, Señor, dame las arras de tu heredad futura, una gota al menos de lluvia celeste que restaure mi sed⁵⁰ porque ardo de amor⁵¹.

VII Efectos de la contemplación

Con estas y otras encendidas palabras el alma inflama su deseo, y muestra así su estado. Con estos hechizos llama a su Esposo. Entonces, el Señor, cuyos ojos miran a los justos y cuyos oídos no sólo están atentos a sus oraciones⁵², sino que están en el interior mismo de ellas, no espera a que terminen las palabras, sino que, interrumpiendo el curso mismo de la oración, se introduce presuroso y sale al encuentro del alma que lo desea, bañado en el rocío de una dulzura celestial y ungido con los mejores perfumes. Recrea al alma fatigada, reconforta a la sedienta, sacia a la que sufre aridez, le hace olvidar las cosas de la tierra, vivifica mortificando de modo admirable a la que se halla olvidada de sí, y embriagándola, la vuelve sobria⁵³. Y así como en algunos actos carnales el alma se ve hasta tal punto dominada por la concupiscencia de la carne que pierde todo uso de razón y el hombre se vuelve casi todo carnal, así también, al contrario, en esta contemplación superior los movimientos de la carne son de tal modo superados y absorbidos por el alma, que la carne en nada contradice al espíritu y el hombre se vuelve casi enteramente espiritual.

VIII Signos de la venida de la gracia

Pero, ¿cómo, Señor reconoceremos el momento en que realices eso y cuál será la señal de tu venida?⁵⁴ ¿No son, acaso, los suspiros y las lágrimas los mensajeros y los testigos de ese consuelo y de esa alegría? Si es así, cosa nueva es esta antífrasis y una señal inusitada. Pues, ¿qué relación puede haber entre el consuelo y los suspiros, entre la alegría y las lágrimas, si es que se les puede llamar lágrimas y no más bien abundancia desbordante del rocío interior infundido de lo alto, indicio de la ablución interior y purificación del hombre exterior? Así como en el bautismo de los niños la ablución del hombre interior está figurada y significada por la ablución exterior, aquí, al contrario, de la ablución interior procede la purificación exterior⁵⁵.

¡Lágrimas dichosas, por las que se purifican las manchas interiores; por las que se extingue el fuego de los pecados! “Dichosos los que así lloráis porque reiréis”⁵⁶. En esas lágrimas, alma mía, reconoce a tu Esposo, abraza a tu deseado, embriágate ahora del torrente de delicias⁵⁷, bebe leche y miel de las ubres del consuelo, Estos suspiros y lágrimas son los pequeños regalos, admirables y reconfortantes, con que te ha obsequiado y

⁴⁴ Cf. Sal 26,8

⁴⁵ Cf. Sal 76,7

⁴⁶ Cf. Sal 38,4

⁴⁷ Cf. Lc 24,30-31

⁴⁸ Cf. Lc 24,35

⁴⁹ Mt 15,27

⁵⁰ Cf. Lc 16,24

⁵¹ Cf. Cant 2,5

⁵² Cf. Sal 33,16; I Pe 3,12

⁵³ Otros traducen: “la vivifica mortificándola por un admirable olvido de sí misma” Aparte de que la gramática no justifica esta traducción, el contexto mismo la hace innecesaria. En efecto, Dios ya ha asumido al alma en el olvido místico - aunque no todavía, quizá, de sí misma - en la frase anterior.

⁵⁴ Cf. Mt 24,3

⁵⁵ El “rocío interior” de las lágrimas místicas actúa en sentido contrario al agua bautismal: en el bautismo el agua se derrama desde fuera y purifica hacia dentro. En las lágrimas, el “rocío” purifica desde dentro, de donde nace, hacia afuera, donde se manifiesta.

⁵⁶ Mt 5,5

⁵⁷ Cf. Sal 35,8

regalado tu Esposo⁵⁸, En estas lágrimas te trae una alegría rebosante⁵⁹. Ellas son para ti⁶⁰ tu pan de día y de noche⁶¹, un pan que fortifica el corazón del hombre y que es más dulce que la miel del panal⁶² ¡Señor Jesús! Si tan dulces son estas lágrimas suscitadas por el recuerdo y el deseo de ti, ¿cuánto más dulce no será la alegría contenida en tu plena visión? Si tan dulce es ya llorar por ti, ¿cuánto más dulce no será gozar de ti? Mas, ¿por qué proferimos en público estos secretos coloquios? ¿por qué nos esforzamos en expresar con palabras vulgares unos sentimientos que son inenarrables? Los que carecen de experiencia no entienden estas cosas; pues eso ha de ser leído más expresamente en el libro de la experiencia, donde es La Unción misma la que enseña⁶³. En caso contrario, la letra exterior no aprovecha de nada al que lee: poco sabrosa es la lectura de la letra exterior si una glosa no extrae del corazón el sentido interior.

c) Corolario al último grado.

IX Ocultamiento de la gracia

¡Oh, alma mía! Ya hemos prolongado demasiado tiempo nuestro discurso. Buena cosa sería quedarnos aquí con Pedro y Juan, contemplando la gloria del Esposo y permanecer mucho tiempo con Él, si Él quisiera construir aquí, no dos ni tres tiendas⁶⁴, sino una sola en la que estuviéramos juntos, y en la que juntos nos deleitásemos. Pero ya está diciendo el Esposo: “Déjame, pues ya llega la aurora”⁶⁵; ya has recibido la luz de la gracia y la visita que deseabas. Por tanto, ya dada la bendición, herida la articulación femoral y cambiado el nombre de Jacob en Israel⁶⁶, el Esposo tan largamente deseado se retira por un poco, alejándose rápidamente. Se sustrae en cuanto a la dulzura de la contemplación; pero permanece, sin embargo presente, en lo que se refiere a la guía que sigue ejerciendo sobre el alma⁶⁷, a la gracia y a la unión.

X Cómo el ocultamiento temporal de la gracia coopera a nuestro bien

Mas no temas, esposa, no desesperes ni te consideres despreciada si el Esposo esconde de ti por un poco de tiempo su Rostro. Todas estas cosas contribuyen a tu bien⁶⁸, y tanto su llegada como su alejamiento son para ti beneficiosas. Viene a ti, y se retira también de ti. Viene para consolarte, se retira por precaución, no sea que la magnitud del consuelo te llene de orgullo⁶⁹ o, si el Señor está siempre junto a ti, empieces a despreciar a tus compañeras y atribuyas este consuelo, no a la gracia sino a la naturaleza. Porque el Esposo otorga esta gracia cuando quiere y a quien quiere, sin que la poseamos como un derecho hereditario. Un refrán popular, dice que la excesiva familiaridad engendra el desprecio. Por eso se aleja: para que en su ausencia le deseemos más, para que, deseándole más LE BUSQUEMOS también MÁS ARDOROSAMENTE y para que buscándole largo tiempo sea finalmente con mayor gozo encontrado.

Por otra parte, si nunca nos faltase este consuelo, que en relación con la gloria futura que se revelará en nosotros⁷⁰, es confuso y parcial⁷¹, quizá creeríamos tener aquí una ciudad permanente y buscaríamos menos la futura. Para que no tomemos el exilio por la patria, las arras por la recompensa final, el Esposo viene y se retira alternativamente, trayendo unas veces el consuelo y cambiándolo otras enteramente en un lecho de dolor⁷². Nos permite gustar un poco su suavidad⁷³, y antes de que le lleguemos a sentir plenamente se sustrae; de este modo revoloteando sobre nosotros con las alas extendidas, nos incita a volar⁷⁴, como diciendo: ya

⁵⁸ Cf. Is 66,11

⁵⁹ Cf. Sal 79,6

⁶⁰ Cf. Sal 44,4

⁶¹ Cf. Sal 103,15

⁶² Cf. Sal 18,11

⁶³ Cf. 1 Jn 2,27

⁶⁴ Cf. Mt 17,4

⁶⁵ Gn 32,26

⁶⁶ Cf. Gn 32,25-32

⁶⁷ Lat.: gubernationem

⁶⁸ Cf. Rm 8,28

⁶⁹ Cf. II Co 12,7

⁷⁰ Cf. Rm 8,18

⁷¹ Cf. I Co 13,12

⁷² Cf. Sal 40,4

⁷³ Cf. Sal 33,9

⁷⁴ Cf. Dt 32,11

habéis gustado un poco cuán dulce y suave soy⁷⁵; pero si queréis ser saciados plenamente de esa dulzura, corred tras de mí al olor de mis perfumes⁷⁶, tened vuestros corazones levantados hacia donde yo estoy sentado a la diestra del Padre⁷⁷. Allí me veréis⁷⁸, no por espejo y enigma sino cara a cara⁷⁹, y “se alegrará plenamente vuestro corazón, y vuestra alegría nadie os la podrá quitar”⁸⁰.

XI Con cuánta prudencia debe conducirse el alma después de la visita de la gracia

Pero ten cuidado, esposa: cuando el Esposo se ausenta no se retira muy lejos. Y aunque tú no le veas, Él, sin embargo siempre te está viendo. Está lleno de ojos por delante y por detrás⁸¹, y nunca puedes esconderte de Él, mantiene alrededor tuyo a sus enviados - espíritus que son mensajeros sagacísimos - para ver como te comportas en ausencia suya, y acusarte delante de Él si descubren en ti algún signo de disolución y ligereza. Es éste un Esposo celoso⁸². Si por casualidad acogieras a algún otro amante, o intentases agradar a otro más que a Él, enseguida se alejaría de ti y se uniría a otras doncellas. Es un Esposo delicado noble y rico, “el más bello de los hijos de los hombres”⁸³, y por eso no se digna tener una esposa que no sea bella. Si viera en ti alguna mancha o alguna arruga⁸⁴, enseguida apartaría sus ojos⁸⁵, porque no puede soportar ninguna suciedad. Por consiguiente, mantén-te casta, pudorosa y humilde, para que así merezcas ser frecuentemente visitada por tu Esposo.

Temo que este discurso te haya entretenido demasiado; pero la riqueza y la dulzura de la materia me han obligado a ello. No me alargaba yo por propia iniciativa, sino que me veía arrastrado a mi pesar por su dulzura.

PARTE II

d) Etapa final: Recapitulación y conclusión

XII Recapitulación de lo anterior.

Para ofrecer una visión de conjunto de todo lo expuesto en forma dispersa, vamos a recoger a modo de recapitulación lo esencial de lo que hemos venido diciendo tal como ya hemos hecho notar en los anteriores ejemplos, puede verse cómo los mencionados grados están unidos entre sí y se preceden tanto temporal como casualmente.

La lectura se presenta en primer lugar, a modo de fundamento, y una vez proporcionada la materia nos conduce a la meditación. La meditación, busca con diligencia lo que se ha de desear, y excavando⁸⁶, por así decirlo, encuentra el tesoro⁸⁷ y lo muestra. Pero como por sí misma no puede obtenerlo, nos envía a la oración. La oración, elevándose a Dios con todas las fuer7as, pide el tesoro deseado: la suavidad de la contemplación. Ésta, una vez llegada, recompensa el trabajo de las tres anteriores, embriagando al alma sedienta con el rocío de la dulzura del cielo.

⁷⁵ Cf. Sal 33,9; I Pe 2,3

⁷⁶ Cf. Ct 1,3

⁷⁷ Cf. Act 7,55

⁷⁸ Jn 16,19

⁷⁹ I Co 13,12

⁸⁰ Jn 16,22

⁸¹ Cf. Ez 1,18

⁸² Cf. Ex 34,14

⁸³ Sal 44,3

⁸⁴ Cf. Ef 5,27

⁸⁵ Cf. Is 1,15

⁸⁶ Cf. Pr 2,4

⁸⁷ Cf. Mt 13,44

La lectura, es un ejercicio exterior⁸⁸, la meditación es una intelección interior⁸⁹, la oración brota del deseo⁹⁰, y la contemplación supera todo sentido⁹¹.

El primer grado es de los principiantes, el segundo el de los proficientes, el tercero de los devotos y el cuarto el de los bienaventurados.

XIII Como estos grados están conectados entre sí.

Estos grados se hallan entre sí tan concatenados y se prestan una ayuda mutua tal, que los primeros poco o nada aprovechan sin los siguientes, y los siguientes nunca o rara vez se pueden adquirir sin los primeros. ¿Para qué sirve pasarse el tiempo en una continua lectura⁹², recorrer los hechos y los escritos de los santos, si no es para extraerles el jugo por la masticación y la rumia y para hacerles pasar por medio de la deglución a lo profundo del corazón, de tal modo que por ellos consideremos nuestra propia situación y nos esforcemos por realizar las obras de aquellos cuyos hechos tuvimos el deseo de leer? Mas, ¿cómo podremos pensar en esto, y cómo podríamos precavernos de transgredir los límites establecidos por los Santos Padres⁹³, meditando cosas falsas o vacuas, si no somos primero instruidos sobre ello por la lectura o por la escucha? Pues el oído, de algún modo, forma parte de la lectura: de allí que solemos decir haber leído no sólo aquellos libros cuya lectura hicimos para nosotros mismos o para otros⁹⁴, sino también aquellos que oímos explicar a los maestros.

Igualmente, ¿de qué sirve al hombre descubrir por la meditación lo que hay que hacer, si no saca fuerzas para ello del auxilio de la oración y de la gracia de Dios que por ella se obtiene? Ciertamente, "toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces"⁹⁵, sin el cual nada podemos; pero él mismo, realiza en nosotros la obra, aunque no sin nosotros "Pues somos cooperadores de Dios"⁹⁶, como dice el Apóstol. Quiere que oremos a él y que abramos el seno de nuestra voluntad y consintamos a la gracia que llega y llama a la puerta⁹⁷.

Este consentimiento exigía el Señor a la samaritana cuando le decía: "llama a tu esposo"⁹⁸, como si le estuviera diciendo: quiero infundirte mi gracia, tú pon tu libre albedrío. Lo que le pedía era la oración: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tal vez tú le pedirías a él agua viva"⁹⁹. Después de haber oído estas palabras, como una especie de lectura del Señor, la mujer meditó en su corazón lo bueno y útil que quizá sería para ella poseer aquella agua. Entonces, inflamada por el deseo de poseerla, se puso a orar diciendo: "Dame, Señor, de esa agua, para que no tenga ya más sed"¹⁰⁰.

La escucha de la Palabra del Señor y la meditación subsiguiente sobre ella, le habían impulsado a la oración en efecto, ¿cómo hubiera sido solícita en pedir, si antes la meditación no la hubiera inflamado? O ¿de qué le hubiera servido la meditación si después la oración no hubiera pedido lo que aparecía como deseable?. Por tanto, para que la meditación sea fructífera, es preciso que vaya seguida del fervor¹⁰¹ de la oración, respecto del cual la dulzura de la contemplación viene a ser como el efecto.

⁸⁸ Lit.: secundum exterius exercitium

⁸⁹ Lit.: secundum interiorem intellectum

⁹⁰ Lit.: secundum desiderium

⁹¹ Lit.: supra omnem sensum

⁹² Lit.: lectione continua

⁹³ Cf. Pr 22,8

⁹⁴ I, it: quo nobis ipsis vel aliis legimus. Aquí son posibles dos traducciones, según se considere el nobis y el aliis como ablativos o dativos. En el primer caso, la traducción sería, como traduce la versión francesa: "cuya lectura hicimos por nosotros mismos o por (medio) de otros", y en el segundo caso sería la traducción que hemos hecho nosotros, siguiendo las recomendaciones de otros autores.

⁹⁵ St 1,17

⁹⁶ I Co 3,9

⁹⁷ Cf. Ap 3,20

⁹⁸ Jn 4,16

⁹⁹ Jn 4,10

¹⁰⁰ Jn 4,15

¹⁰¹ Lit.: devotio

XIV Conclusión de lo anterior

De todo esto, podemos deducir que la lectura sin la meditación es árida, la meditación sin la lectura, errónea, la oración sin la meditación, tibia; la meditación sin la oración, infructuosa; la oración fervorosa requiere la contemplación, pero una contemplación adquirida sin oración es rara o milagrosa. En efecto, el Señor, cuyo poder no tiene límites y cuya misericordia se extiende a todas sus obras, a veces suscita hijos de Abraham de las piedras¹⁰², cuando fuerza a los duros y rebeldes a querer consentir; y es, por así decirlo, tan pródigo que, como se dice vulgarmente, arrastra al buey por los cuernos, cuando se introduce sin ser llamado, y cuando se infunde sin ser buscado. Pero, aunque leamos que eso les ha ocurrido a algunos, como a Pablo¹⁰³ y a otros, nosotros no por ello podemos presumir, tentando a Dios, de tales cosas, sino hacer lo que a nosotros toca, a saber: leer y meditar en la Ley del Señor, y rogarle que venga en ayuda de nuestra debilidad¹⁰⁴ y vea nuestra imperfección. Lo cual, él mismo nos enseña a hacer, cuando dice "Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá"¹⁰⁵. "Pues ahora el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan"¹⁰⁶

De este modo, por las distinciones señaladas, podemos percibir los distintos grados: como están unidos entre sí, y lo que cada uno de ellos realiza en nosotros¹⁰⁷. Dichoso el hombre cuyo espíritu, libre de las demás ocupaciones, desea estar siempre ocupado en estos cuatro grados¹⁰⁸, el que vendiendo todo lo que tiene compra el campo donde se encuentra enterrado el tesoro deseable¹⁰⁹. Dichoso el que, ejercitado en el primer grado, circunspecto en el segundo, ferviente¹¹⁰ en el tercero, y elevado por encima de sí en el cuarto, asciende de virtud en virtud por estas ascensiones que dispone en su corazón hasta ver al Dios de los dioses en Sión¹¹¹. Bienaventurado aquel a quien le es concedido permanecer en este grado superior siquiera por un poco de tiempo, y puede decir: Siento la gracia de Dios, contemplo en el monte su gloria junto con Pedro y Juan y me deleito con Jacob en los brazos de la hermosa Raquel.

Pero tenga cuidado éste, después de esa contemplación en la que fue elevado hasta el cielo, no sea que por caer desordenadamente, caiga hasta el abismo, y después de una visita tan grande se vuelva a las sensualidades del mundo y a los atractivos de la carne. Cuando en su debilidad, el vértice del alma humana¹¹², no pueda sostener por más tiempo el resplandor de la luz verdadera, descienda lenta y ordenadamente a algunos de los otros tres grados por los que había subido, y permanezca alternativamente en uno o en otro, según el impulso de su libre albedrío y teniendo en cuenta razones de tiempo y lugar. Pues me parece que estará tanto más cercano a Dios cuánto más alejado esté del primer grado. Pero, ¡ay! ¡cuán frágil y miserable es la condición humana!

Podemos ver, por tanto, claramente, con ayuda de la razón y el testimonio de las Escrituras, que en estos cuatro grados se contiene la perfección de la vida bienaventurada, y que en ella debe consistir el ejercicio del hombre espiritual. Pero, ¿quién es el que se mantiene en este sendero de vida? ¿Quién es, y lo alabaremos?¹¹³ Querer es de muchos, pero lograrlo de pocos¹¹⁴. ¡Ojalá fuéramos de esos pocos!

XV Cuatro causas que nos desvían de estos grados

Cuatro son las causas que nos desvían, por lo general, de estos grados: las necesidades inevitables, la utilidad de las buenas obras, la flaqueza humana y las vanidades de la vida. La primera es excusable, la segunda tolerable, la tercera miserable y la cuarta culpable. Y en verdad culpable: a aquellos a quienes esta causa

¹⁰² Cf. Mt 3,9

¹⁰³ Act 9

¹⁰⁴ Cf. Rm 8,26

¹⁰⁵ Mt 7,7

¹⁰⁶ Cf. Mt 11,12

¹⁰⁷ Cf. Mt 13,44

¹⁰⁸ Lat.: *vaccare*, vacar. Palabra técnica y clásica para expresar el reposo y el ocio contemplativo. Aquí es intraducible literalmente.

¹⁰⁹ Cf. Sal 33,9; 45,11

¹¹⁰ Lit.: *devotus*

¹¹¹ Cf. Sal 83,6-8

¹¹² Lat. *acies mentis*

¹¹³ Eccle 31,9

¹¹⁴ Cf. Rm 7,18

desvía de su propósito, más les hubiera valido no haberla conocido ¿Qué excusa tendrán de su pecado?"¹¹⁵ ¿No podrá decir el Señor: Qué más pude hacer por ti que no lo hiciera?¹¹⁶ No existías y te creé; pecaste, haciéndote siervo del diablo, y te redimí; rodabas por el mundo en compañía de los impíos¹¹⁷ y te elegí¹¹⁸: te había colmado de gracia en mi presencia y había querido hacerme una morada junto a ti¹¹⁹, y me despreciaste; y no sólo rechazaste mis palabras¹²⁰, sino a mí mismo, y corriste en pos de tus concupiscencias¹²¹.

Dios bueno, suave y manso; dulce amigo, prudente consejero, fuerte ayuda. ¡Qué inhumano y temerario es quien te rechaza, quien arroja de su corazón a un huésped tan humilde y tan manso! ¡Qué desgraciado y condenable intercambio: rechazar a su Creador y acoger pensamientos depravados y perniciosos, entregar tan pronto aquella secreta morada del Espíritu Santo, a saber, lo profundo de su corazón, que poco antes se elevaba hacia las alegrías del Cielo, a los pensamientos inmundos y a las pisadas de cerdos!¹²² Aún están calientes en el corazón las huellas del Esposo y ya se introducen los deseos adúlteros. No es conveniente ni decoroso que unos oídos que poco antes habían oído palabras inefables que el hombre no puede pronunciar¹²³, tan rápidamente se inclinen a pronunciar fábulas¹²⁴ y maledicencias; que unos ojos que poco antes habían sido bautizados con lágrimas sagradas, de repente vuelvan sus miradas a las vanidades; que una lengua que antes entonaba un dulce epitalamio, y que había reconciliado a la esposa con el Esposo mediante sus encendidas y persuasivas palabras, y la había introducido en la bodega del vino¹²⁵, de nuevo se vuelva a las groserías, a las chanzas, a maquinar engaños¹²⁶, a las difamaciones.

Presérvanos, Señor, de todo esto: Sin embargo, si por la humana debilidad llegáramos a caer en tales cosas, no por ello desesperemos; al contrario, recurramos de nuevo al médico clemente que "levanta del polvo al desvalido y saca de la basura al pobre"¹²⁷. Y él mismo que no quiere la muerte del pecador¹²⁸, otra vez nos curará y nos sanará¹²⁹.

Epílogo

Ya es hora de poner fin a esta carta. Pidamos todos a Dios que suavice para nosotros los impedimentos que nos alejan de su contemplación y los haga desaparecer de raíz en el futuro, llevándonos de virtud en virtud a través de los grados mencionados, hasta que veamos al Dios de los dioses en Sión¹³⁰. Allí los elegidos recibirán la dulzura de la contemplación divina, no gota a gota, intermitentemente, sino en un torrente incesante de delicias, gozando de una alegría que nadie les quitará¹³¹ y de una paz inmutable: una paz en El.

Así, pues, Gervasio, hermano mío, si alguna vez te fuera dado de ascender a la cima de los grados arriba señalados, acuérdate de mí y ruega por mí en tu bienaventuranza. Para que de este modo, el velo¹³², se rasgue al medio "y el que oiga diga VEN"¹³³.

¹¹⁵ Cf. Jn 15,22

¹¹⁶ Cf. Is 5,4

¹¹⁷ Cf. Sal 11,9

¹¹⁸ Cf. Is 43,7-11

¹¹⁹ Cf. Jn 14,23

¹²⁰ Cf. Sal 49,17. Lit: "te echaste a las espaldas mis palabras"

¹²¹ Cf. Eccle 18,30

¹²² Cf. Mt 7, 6

¹²³ Cf. II Co 12, 4

¹²⁴ Cf. 2 Tirn 4, 4

¹²⁵ Cf. Cant 2,4.12

¹²⁶ Cf. Sal 49,19

¹²⁷ Sal. 112, 7

¹²⁸ Ez 33, 11

¹²⁹ Cf. Os 6 2

¹³⁰ Cf. Sal 83,8

¹³¹ Cf. Jn 16,22

¹³² Cf. Ex 26

¹³³ Ap 22,17

DEL COMENTARIO DE SAN EFRÉN, DIÁCONO, SOBRE EL DIATÉSARON

¿Quién hay capaz, Señor, de penetrar con su mente una sola de tus frases?

Como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos. Porque la palabra del Señor presenta muy diversos aspectos, según la diversa capacidad de los que la estudian.

El Señor pintó con multiplicidad de colores su palabra, para que todo el que la estudie pueda ver en ella lo que más le plazca. Escondió en su palabra variedad de tesoros, para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse en cualquiera de los puntos a que abocara su reflexión.

La palabra de Dios es el árbol de vida que te ofrece el fruto bendito desde cualquiera de sus lados, como aquella roca que se abrió en el desierto y manó de todos lados una bebida espiritual. Comieron, dice el Apóstol, el mismo manjar espiritual y bebieron la misma bebida espiritual.

Aquel, pues, que llegue a alcanzar alguna parte del tesoro de esta palabra no crea que en ella se halla solamente lo que él ha hallado, sino que ha de pensar que, de las muchas cosas que hay en ella, esto es lo único que ha podido alcanzar. Ni por el hecho de que esta sola parte ha podido llegar a ser entendida por él, tenga esta palabra por pobre y estéril y la desprecie, sino que considerando que no puede abarcarla toda, dé gracias por la riqueza que encierra.

Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece porque no puede agotar la fuente.

La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente, porque si tu sed queda saciada sin que se agote la fuente, cuando vuelvas a tener sed podrás de nuevo beber de ella en cambio, si al saciarse tu sed se secará también la fuente, tu victoria sería en perjuicio tuyo.

Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras. Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco.